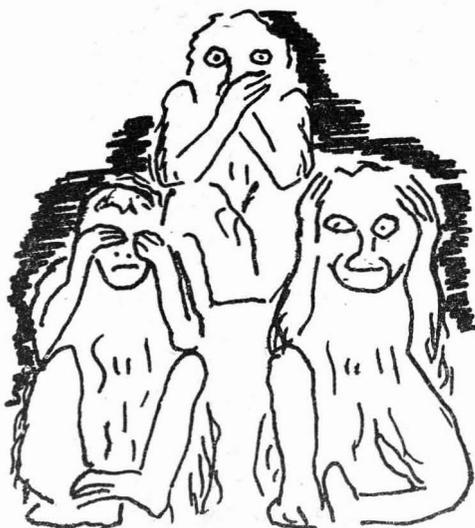


LA PALABRA

EN MÉXICO la palabra ha sido, desde hace mucho tiempo, sospechosa. Lo ha sido, al menos, en cuanto no se conforma a los moldes habituales: el asentamiento mecánico, el comentario ocioso y absolutamente inocuo, a la cautela esterilizante. Quien habla de otro modo, asestando simples verdades, pronto se convierte en objeto de recelos y animadversiones, y atrae a menudo dicterios ruidosos (que no respuestas racionales). De allí que, a la hora de opinar con honradez y sinceridad, los más se inclinen por el silencio. Por la fingida y medrosa indiferencia.

UN VALEROSO DESAFIO

DONDEQUIERA, en rigor, se teme al verbo independiente; al lenguaje capaz de señalar la mentira en donde la hay, clamando por los fueros de la verdad. Sin compromiso, sin tamiz. Pero en otros países la valentía prevalece; se enfrenta a una censura ya expresa, ya implícita en varios géneros posibles de amenaza, y acaba por imponerse a la larga, sean cuales fueren los riesgos existentes. Así ocurre, por ejemplo, en Francia. Ni la con-



LA FERIA

D E

LOS DIAS

minación de hecho, ni el chantaje moral, ni el perjuicio económico han logrado aún detener la protesta de los inconformes.

SOFISMA

Aquí, nos invade la indolencia. El ansia de una seguridad personal, a cualquier costo, cierra nuestros labios, cuando no los induce a sumarse



al coro de los heraldos de una retórica postiza y oportunista. Y es que una grave tradición de renuncia nos agobia sin cesar. Años, décadas de sumisión adulona pesan sobre nuestras conciencias, velándolas, inhibiéndolas. Es bueno todo lo que es, precisamente porque es, nos declaramos a nosotros mismos en perpetuo sofisma. Y así resulta fatal el inmediato corolario: ¿A qué, pues, luchar por una mejoría? ¿A qué poner en peligro nuestra relativa comodidad?

DESENGAÑO

SI AGUARDAMOS a que todo obstáculo desaparezca, para atrevernos a expresar nuestro juicio sobre las cuestiones más importantes que atañen a nuestro pueblo y a nuestra



cultura, más vale que nos desengañemos desde luego. Obstáculos los habrá siempre. Si lo que deseamos es abdicar en definitiva de nuestras más elementales responsabilidades... entonces, estamos perdidos.

PRIVILEGIOS QUE SON DEBERES

LO DOLOROSO es que quienes callan, igual que aquellos que claudican, se llaman a sí propios intelectuales. Como si el ser intelectual fuera sólo una profesión trivial. Como si la verdadera inteligencia no estuviera obligada a ejercer sus privilegios (que son, también, ineluctablemente, deberes).

¿PRESAGIOS?

EN FIN —ya nos lo enseñaron los poetas—, hay silencios significantes. Acaso los que hoy comprobamos a nuestro alrededor, sean, en última instancia, promesas de futuros clamores, de ponderaciones diáfanas e insobornables. Presagios de una noble reivindicación de la genuina inteligencia entre nosotros. Esperémoslo.

—J. G. T.

